



**Excmo. Ayuntamiento de Orcera**

---

**OBRA Nº 41**

**SEUDONIMO: ODISEO**

**CATEGORIA: RELATO GENERAL**

---

**Excmo. Ayuntamiento de Orcera**

Plaza de la Iglesia, Orcera. 23370 (Jaén). Tfno. 953480154. Fax: 953480155

---

## EL CANTO DE PARTÉNOPE

SINÓNIMO: ODISEO

---

*El marino pesimista se queja del viento.*

*El optimista espera que cambie.*

*El realista ajusta las velas.*

William Arthur Ward

Dicen que los recuerdos son una mera interpolación del pasado, que cada vez que los rescatamos de la memoria les añadimos matices que los hacen irreconciliables con lo que en realidad sucedió. Nada más lejos de mi intención que enfrentarme al numen de la neurociencia, si bien les advierto que lo que les voy a relatar ocurrió tal y como se lo cuento. Dependerá de la sinceridad de mis palabras el que ustedes califiquen los hechos como veraces, y no va a ser sencillo. A fin de cuentas, la credibilidad es la mayor virtud a la que aspiramos los humanos. Se tardan años en alcanzarla y basta una sola frase para echarlo todo a perder. Así corre el engaño del mundo, que diría Calderón. Les ruego encarecidamente que no lean estas páginas con alma de inquisidor (ese talante atávico que nos impulsa a rasgarnos las vestiduras a la mínima ocasión); esta historia sucedió hace treinta años, y solo con ojos pretéritos se puede entender.

Mejor les pongo en antecedentes: verano de 1991, el año del Silencio de los Corderos, de las Mamá Chicho y del primer Tour de Miguel Indurain. Para los triunfos de la Selección todavía tendríamos que esperar un tiempo. El país avanzaba hacia un destino inexorable como un pollo sin cabeza. En lo personal estaba atravesando una de esas rachas aciagas a las que no le ves el

final. Conseguir un embarque era cuestión de fe, y si te caía la breva, una vez subías por la escala del navío la cosa pintaba calva. Candrayes de costados oxidados, huérfanos de pintura, amuras humilladas, chimeneas asmáticas, estachas deshiladas y puntales agarrotados por la falta de engrase. Se les denominaba barcos porque de momento flotaban. La estética y el pecunio iban a la par: pagaban poco y tarde, la comida era escasa y las jornadas de trabajo extenuantes. Quieras o no tanta precariedad afectaba a los tripulantes, quienes andaban a la gresca, en particular con los mandos de la nave, a los que culpaban de todos sus males. El ambiente era irrespirable. Si necesitabas afilar un cuchillo bastaba con entrar en la cámara de oficiales. No era de extrañar que muchos de nosotros acabáramos trillados. Recuerdo un primer oficial de Galdácano quien sin venir a cuento hizo sonar la alarma a cosa de las siete de la mañana mientras navegábamos por el Mediterráneo. Cuando tropezando unos con otros atravesamos la puerta del puente de mando, lo encontramos chillando como un orate:

—¡El sol no sale por donde tiene que salir! ¡El sol no sale por donde tiene que salir!

Nos apresuramos a mirar por los portillos. Posadas a lo largo de la cubierta, una bandada de gaviotas disfrutaba de la tenue brisa del lebeche.

—¡El sol no sale por donde tiene que salir!

Amodorrado por culpa de que mi turno de guardia acababa a las cuatro de la madrugada y, por tanto, apenas había tenido tiempo de reconciliarme con las sábanas, me veía incapaz de entender aquel mensaje que el de Galdácano voceaba señalando la proa para luego volver su dedo acusador a la giroscópica. El capitán se le acercó para ponerse debajo del juego de espejos que permitía leer la aguja magnética ubicada en la magistral, justo en la cubierta que quedaba encima del puente de mando. Le bastó un vistazo para entender lo que estaba sucediendo: la giroscópica, un aparato moderno pero eléctrico, por alguna arcana razón había sufrido una avería repentina e indicaba el rumbo 170° en lugar de otro cercano al 090°, que es por donde, como todo el mundo sabe, sale el sol, grado arriba, grado abajo, dependiendo de la época del año.

Que el sol superara la línea del horizonte tan al Sur había hecho creer al primer oficial que el Apocalipsis estaba a punto de materializarse. Como no había forma de que entrara en razones, el capitán lo mandó a la cama.

—El sol no sale por donde tiene que salir... —musitaba mientras yo le asía del brazo camino de su camarote. Sus facciones estaban borrosas, igual que un manuscrito expuesto a la lluvia.

En realidad todos nos habíamos percatado de que en los últimos días el primer oficial se mostraba inquieto. A medida que nos acercábamos a Nápoles comenzó a moverse taciturno por la toldilla, con los ojos perdidos en pensamientos difíciles. Ya no hablaba del Athletic ni de las comidas que se preparaba en el *txoko* con su cuadrilla, algo inaudito en un vizcaíno de pro. A vista de lo sucedido en el puente de mando caímos en la cuenta de que era precisamente el hecho de que nos dirigiáramos a Nápoles lo que había desencadenado la debacle. Y es que por entonces la bota de la península italiana era lo más parecido al *realismo mágico* que teníamos en la Europa meridional. Para muestra un botón: nuestro barco llevaba meses haciendo ruta entre Nápoles y Barcelona. En Nápoles cargábamos cemento a granel para regresar a ese mismo puerto desde tierras catalanas con las bodegas vacías, ávidas de un nuevo cargamento. Y hete aquí que todos los viajes, una vez finalizada la carga, a la hora de hacer el cálculo del cemento embarcado, faltaban siempre del orden de doscientas toneladas, cuando no trescientas. Tal cálculo era responsabilidad del primer oficial, quien tras anotar los calados del buque, entraba en unas tablas que después de descontar combustible, agua, demás pertrechos y el peso del propio buque, le daban las toneladas de cemento que habíamos introducido en las bodegas. Una aplicación práctica del famoso teorema de Arquímedes, que el sabio siracusano descubrió cuando el agua de su bañera rebose una cantidad proporcional al volumen de su cuerpo. Le faltó tiempo para salir a la calle, desnudo como estaba, gritando: «¡Eureka! ¡Eureka!» (¡Lo encontré!, ¡Lo encontré!). Sin menoscabo de la eficacia de la hidrostática, lo que en verdad nos preocupaba era que el flete que cobraba el armador del buque (de quien a fin de cuentas dependían nuestros salarios) era

directamente proporcional al cemento que trasportábamos. Pero, insisto, todos los viajes los cálculos del primer oficial eran corregidos a la baja por el inspector de la carga, un genuino ejemplar napolitano de esos que pasan de la sonrisa al ceño fruncido con una facilidad pasmosa. Tal merma suponía del orden de un cinco por ciento del cargamento, lo cual, permítanme la expresión, no era moco de pavo. Al tercer viaje, y en vista de que aquello tenía visos de convertirse en costumbre, el capitán decidió llamar a la compañía armadora para hacerles partícipes de un conflicto que afectaba de pleno a sus intereses, pero para su sorpresa, el jefe de fletamentos, tan tiquismiquis en otros asuntos, en esta ocasión le restó importancia. Vino a decirle que si queríamos mantener el contrato no quedaba otra que hacer la vista gorda. Así que procuráramos llevarnos bien con los napolitanos, quienes, por regla general, en asuntos de negocios era gente expedita, que bastaba con consultar la hemeroteca, en particular la sección de sucesos, para comprender la reciedumbre de su idiosincrasia. A pesar de que el capitán informó al primer oficial de que nuestro armador estaba dispuesto a contemporizar, el de Galdácano, que como buen vizcaíno se decantaba por la moral kantiana, entendía que sus imperativos categóricos eran incompatibles con que viaje tras viaje bajo su firma se legalizara una estafa en toda regla, de ahí que al final acabara chiflando. Lo desembarcamos ese mismo viaje nada más llegar a Nápoles. Mientras se metía en el taxi que lo habría de llevar al aeropuerto, macilento y con el esmalte de los ojos deslucido por la falta de sueño, seguía musitando: «El sol no sale por donde tiene que salir...».

Podría recitarles un rimero de anécdotas para que se hicieran una composición de cómo pintaba el panorama de la marina mercante, pero no es el propósito de este escrito. Me basta con que entiendan por qué decidí ejecutar un cambio de rumbo pronunciado en ese momento tan crucial para mis intereses profesionales, ya que ni en mis peores pesadillas hubiese pensado que mi periplo entre las olas iba a derivar por tales derroteros. He de advertirles que mi caso tal vez fuera un tanto especial, quiero decir, que desde mis comienzos no fui un marino al uso. En los anaqueles de la casa de mis padres

no había ninguna fotografía de un antepasado manejando las cabillas de un timón. Tampoco vivía cerca del puerto, bajo el embrujo del olor de la marea, ni pasaba las horas en una atalaya observando cómo los veleros perdían la vertical a cada acometida del viento. Si les soy sincero fue la lectura de la Odisea lo que despertó en mí la pasión por la navegación. Mientras mis amigos devoraban los cómics de superhéroes (curiosamente los mismos cómics que leen los niños de hoy en día) yo idolatraba al prudente y sagaz Ulises. Y es que había una diferencia sustancial entre este y Spiderman, la Antorcha Humana o el Capitán América: Ulises no tenía superpoderes. Todas las cuitas que tuvo que lidiar para regresar a Ítaca, las solventó gracias a su incomparable ingenio. Y no vayan a pensar que en la época de Homero a los héroes no se les atribuían facultades sobrenaturales, ahí está el caso de Aquiles, cuya madre lo sumergió en el Estigia sujetándole de los talones para que su cuerpo fuese invulnerable. Lástima que la flecha de Paris fuese a clavársele en ese hueso tan poco expuesto a los ojos curiosos. No, no, Ulises era un mortal como usted y como yo, y al contrario que Aquiles sobrevivió a la guerra de Troya, contribuyendo notablemente a su saqueo. Por cierto, me veo en la obligación de partir una lanza en favor de los troyanos, quienes no eran tan pardillos como la historia se empeña en retratar. Eso de que después de diez años de pertinaz asedio abrieran las puertas de la muralla para meter dentro a un gigantesco caballo sin sospechar que llevaba un suntuoso relleno de soldados, tiene menos verisimilitud que las declaraciones del ministro de Hacienda en época de elecciones. Que sepan que en aquella época se denominaba *caballo* a un buque panzudo ideado para el transporte de grano. Fue precisamente este tipo de nave la que dejaron los aqueos abandonada en la playa, desarbolada a propósito y con el casco untado de algas, percebes y cáscaras de mejillones para darle apariencia de derelicto. Eso sí, al igual que el supuesto caballo de madera las bodegas estaban atiborradas de pérfidos guerreros, calladitos todos y dispuestos a arrasar Troya en cuanto sus habitantes abrieran las puertas gozosos de ver que sus enemigos habían tomado las de Villadiego, una versión mucho más creíble, no me lo negarán, aunque menos cinematográfica. Y

pensar que todo ese pandemónium fue por la mala cabeza de la bella Helena, que dejó plantada a su marido, rey pero viejo, por un joven y atlético príncipe troyano. Esto sí que me lo creo, entiéndanme, que lo emocional ha estado siempre por encima del raciocinio, y el que esté libre de pecado (mujer o hombre, para el caso patatas) que tire la primera piedra.

Ulises, el divino y sagaz Ulises. Todo lo resolvía gracias a su incomparable ingenio. Sus aventuras han pasado a formar parte de la memoria colectiva: la apertura del odre de los vientos, la derrota del cíclope Polifemo, la visita a la isla de los muertos donde pudo hablar con su misma madre.... Y yo que me había hecho a la mar para ser su imagen y semejanza, a la hora de la verdad me enfrentaba a situaciones propias del diván de un psiquiatra. Comencé a sospechar que mi supuesta vocación había sido un error catastrófico, que tenía que haber escogido una profesión al estilo de las de mis amigos: empleado de banca, funcionario de la Administración de Justicia, profesor de secundaria (de aquella las reformas educativas no convertían a nuestros docentes en domadores de fieras), en definitiva, disfrutar de una vida discreta, sin sobresaltos.

Fue entonces cuando leí la oferta de trabajo en un diario de alcance nacional. Lo recuerdo con total nitidez, como si lo hubiera grabado en mi memoria con la retentiva de un corredor de apuestas. Sí, era domingo, a la hora del vermut. Yo combatía mi doliente soledad en la cafetería con tintes británicos que quedaba debajo de la casa de mis padres. El sol de primavera llegaba a los pies del taburete desde el que observaba con envidia cómo compartía la gente corriente sonrisas espontáneas. Muchos de ellos tenían mi edad y ya arrimaban a las mesas el cochecito de un bebé. Los conocía de vista, incluso había jugado con algunos en las callejuelas al socaire de ambos lados de la avenida. «¡Cómo pasa el tiempo!», farfullé. Hacía poco que andábamos a pedradas y ahí estaban, con un proyecto de vida que trajinar. Yo ni siquiera tenía novia. ¡Como para tenerla!, con esa vida errante a la que me veía obligado, donde a las primeras de cambio debía hacer el petate sin saber cuándo regresaría. ¿Qué mujer iba a querer hacer planes conmigo? Ya no quedaban

*penélopes*, esas esposas incorruptibles que deshacen por la noche lo que tejen por el día para atemperar a los moscones. Tontas serían si eligieran esa vida de añoranzas y sacrificio, cuando saltaba a la vista que podrían ser mucho más felices con cualquiera de mis vecinos. En eso andaban mis pensamientos al volverme al periódico que había desplegado encima de una barra salpicada de cerveza y esquirlas de patatas fritas. La oferta de trabajo se ofreció a mis ojos con la atracción de un electroimán: una empresa marbellí buscaba pilotos de la marina mercante para tripular el flamante submarino de construcción finlandesa que acababa de adquirir. El anuncio venía a tres columnas, con un logotipo a modo de vitola: Top Diving. Complementaba el reclamo con la manida locución «Salario según valía», y la no menos desdeñable «la empresa facilitará el alojamiento», lo cual no era baladí pues venía a decir que el submarino tenía base fija, brindándome la oportunidad de pertenecer a una comunidad de la que yo podría ser parte activa. Miré a mi alrededor y vi a todas aquellas parejas disfrutando de su brizna de felicidad dominical. Esa oferta de trabajo era el clavo ardiendo al que podía agarrarme. Con disimulo arranqué la hoja del periódico y esperé ansioso al día siguiente para llamar desde una cabina que a primeras horas de la mañana tragaba monedas a matabalho.

La secretaria, con la voz indolente con la que los oficinistas se vengan de los lunes, me pasó con el gerente, un libanés muy solícito que me dibujó un panorama prometedor. El plan empresarial consistía en dar un paseo por el fondo del Mediterráneo a los cientos de turistas que colmaban los muelles de Puerto Banús. Calculaba que se podrían hacer del orden de ocho inmersiones diarias, a razón de cuarenta y ocho personas por viaje. Un negocio suntuoso toda vez que el precio de la entrada iba a estar en consonancia con la calidad del espectáculo. A las primeras de cambio me ofreció el puesto de capitán, posición de máxima responsabilidad que yo nunca antes había ocupado. Me vi en la obligación de informarle que no tenía experiencia en submarinos, que hasta la fecha mi labor consistía precisamente en evitar que los barcos se hundieran, a lo que replicó que no me preocupara, que la formación corría a cargo de la empresa. No todo eran parabienes, pues siendo cierto que



facilitarían el alojamiento, eso no significaba que fueran a costearlo, sino que se descontaría de la nómina. Lo que no sabía el libanés era que yo ya estaba decidido a probar fortuna antes de marcar su número de teléfono en aquella cabina insaciable a pocos metros de una obra donde un operario se afanaba con el martillo neumático. Hice una maleta rápida y recorrí la península de Norte a Sur.

¡Puerto Banús! Ni los misántropos más huraños podrían resistirse a la magia del lugar. Recuerdo que al atardecer se respiraba un glamur sin parangón. Los yates se amarraban a los norayes con el orgullo de criaturas mayestáticas. En las terrazas te podías encontrar a lo más granado de la farándula, exhibiendo sus mejores galas y sonrisas. Porque la consigna era que te vieran sonreír, que la tristeza no tuviera cabida en tu rostro. El aburrimiento era un delito del orden moral. Restaurantes con encanto, autos deportivos, teléfonos móviles del tamaño de cajas de zapatos, tiendas exclusivas, bungalós con aires campesinos a las faldas de Sierra Blanca... Destilando las palabras: Mediterráneo.

Para mi sorpresa el interior del submarino era luminoso, lo más parecido a un loft. Salvo la cabina de mando, el espacio estaba destinado al pasaje. Los asientos se situaban frente a unos enormes ventanales por donde se podía admirar el vientre del mar marbellí. A fin de animar el espectáculo y que las especies marinas anidaran en la zona de inmersión, solicitamos una autorización especial para hundir pequeños yates que se encontraban abandonados en el puerto. Uno de ellos conservaba izada la *Union Jack*. A los turistas británicos no les hacía gracia ver su bandera ondeando en el fondo del mar al capricho de las corrientes, pero para los españoles era una suerte de venganza por tantos desagravios a lo largo de la historia: Gibraltar, la Armada Invencible, la batalla de Trafalgar... De un plumazo los desplantes de la Pérfida Albión habían sido vengados.

El ataque del submarino se ubicaba en el corazón del puerto. Allí lo conocían como el *Yellow Submarine*, pues habían pintado de amarillo el casco y la torreta de la escotilla principal. Y es que entre las distintas opciones que

le había presentado la empresa de marketing, el libanés se decantó por aquella que evocaba la *beatlemania*. Como ven no se devanaron los sesos.

Además de transportar turistas, realizábamos viajes promocionales para las cadenas televisivas, que grabaron programas con las estrellas del momento. Algunas eran petulantes, de ojos orgullosos, otras, en contraste, afables y accesibles. Si los camareros de las cafeterías cercanas veían que embarcaba alguna celebridad, corrían a pedirme permiso para sacarse con ellos una fotografía. Cuando más tarde me acercaba a tomar un café, me devolvían el favor tratándome como a un príncipe de la familia real saudí.

El espectáculo duraba una hora. Después de embarcar al pasaje, navegábamos milla y media en superficie hasta el punto de inmersión; allí hundíamos el submarino y dábamos el paseo por el fondo. Finalizado este emergíamos para regresar a puerto navegando sobre las olas. Como durante todo este tiempo el pasaje tenía que ir sentado en sus butacas, a fin de amenizar el regreso conectábamos el circuito de cámaras exteriores, para que en los monitores pudieran presenciar la impresionante recalada a Puerto Banús, el desiderátum de un pintor de marinas.

Todo era idílico, con mucha luz y muchos azules. No obstante, presentía que en mi vida seguía faltando un *leitmotiv*, esa razón contundente que justificase por qué yo había abandonado la superficie del océano para adentrarme en las profundidades del lecho marino. ¿Dónde quedaba Ítaca? La idea de que mi vida transcurría sin un rumbo definido me convertía en un ser vulnerable. Espero que ustedes nunca se hayan sentido así, que la sensación de indefensión no les haya agarrotado las extremidades hasta el punto de que salir por el portal equivalga a caminar por un sendero lleno de barro, y que los demás no dejan de mirarte los zapatos. Porque quien se muestra distinto, ante los ojos ajenos es una rareza cuando no una amenaza.

El conflicto se vino a resolver una tarde apacible de principios de septiembre, con el sol declinando hacia el oeste. Siguiendo el protocolo, recibimos al pasaje a pie de escotilla. A pesar de que intentábamos ser discretos, o al menos aparentar serlo, no pude pasar por alto a una mujer que

nos saludó en un castellano con un inconfundible acento francés. Era joven, alta, increíblemente hermosa, tal vez la mujer de facciones más conmovedoras que jamás he visto. Su suntuosa figura, ceñida en un mono corto de licra negra, hacía saltar por los aires los cánones clásicos de belleza. Una cremallera dorada cruzaba el mono desde un hombro a la pelvis contraria, acentuando unas formas que rebosaban sensualidad y concupiscencia a partes iguales. La acompañaba un hombre canijo, de pelo ceniciento y sonrisa educada pero distante. Vestía camisa safari, bermudas y sandalias con calcetines, el uniforme de los franceses cuando están lejos de Aquitania.

Para que la visión de la francesa no me distrajera de mis quehaceres, hice mía una frase de Tolstoi que parafraseó Pasternak: «Cuanto más perseguimos la belleza, más nos alejamos del bien», y repitiendo ese mantra, desatraqué el submarino y salimos a navegar en busca del punto de inmersión, que ya he dicho que quedaba milla y media por fuera de la bocana.

El paseo por el fondo no resultó lucido. Las corrientes que algunos días lo enfangaban todo reducían drásticamente la visibilidad. Esas inmersiones eran decepcionantes. Los buzos que por motivos de seguridad se sumergían con nosotros desde una lancha de apoyo, hicieron lo imposible por entretener al pasaje: pegaban sus narices a los ventanales y ejecutaban inverosímiles piruetas. A pesar del esfuerzo, el espectáculo fue un fiasco, y, resignados, subimos a la superficie. Pusimos, pues, proa a Puerto Banús, frustrados por no haber podido devolver a aquellos turistas el valor de una entrada que tenía un precio similar al de un palco en la ópera.

En estas, la azafata se acercó hasta la cabina y discretamente me comunicó:

—Tenemos un problema. —El mohín que acompañó a la frase daba a entender que ineludiblemente debía seguirla.

Di por sentado que algún pasajero le habría presentado una queja por lo menesteroso del espectáculo, así que dejé al copiloto al mando del submarino y fui tras ella con cara de circunstancias. Se detuvo frente al ventanal donde se encontraba sentada la pareja que tanto me había llamado la

atención a la hora del embarque, la una por su belleza arrebatadora, el otro por enclenque e insignificante. Sin levantarse, la francesa me susurró al oído en un español simple y preciso lo que momentos antes le habría dicho a la azafata:

—Tengo que ir al baño.

Al momento caí en la cuenta de cuál era el problema insalvable. La burocracia administrativa nos exigía que lleváramos a bordo raciones de supervivencia para tres días. Como la capacidad del submarino era de cuarenta y ocho personas, se pueden imaginar la cantidad ingente de raciones que esto suponía. A pesar de que aducimos que las inmersiones eran cortas, y que en caso de emergencia el submarino contaba con numerosos mecanismos de seguridad que le permitían regresar a la superficie, las autoridades se mostraron inflexibles. Esta exigencia desproporcionada trajo consigo que el lavabo del submarino estuviera hasta la bandera de raciones de supervivencia. Literalmente, no se podía entrar, hasta el punto de que habíamos desconectado el inodoro no fuera a ser que hiciera agua y no nos enteráramos.

Intenté hacerle ver que tardaríamos muy poco tiempo en llegar al ataque.

—Imposible, *monsieur capitaine*—respondió mordiéndose un labio.

—Solo diez minutos, a lo sumo quince – insistí.

—Me hago pis...ya... *Ce moment...*

Miré al hombre y este con un gesto expedito me dio a entender que la vejiga de su pareja era indomable. Entretanto la mujer apretaba los muslos como si le fuera la vida. Solo había una solución. Dado que estábamos navegando en superficie, los dos podíamos salir al exterior y una vez fuera, ella desahogarse sin ambages. Así que le dije a la francesa que me siguiera hasta la escalera de la escotilla, abrí esta y los dos subimos a cubierta. Por fortuna el submarino apenas se balanceaba, como si la brisa marina hubiera raspado las olas con goma de borrar.

Nos encaminamos hacia la popa, donde se ubicaba una de las hélices de inmersión en una apertura que atravesaba el casco de abajo arriba, precisamente para ayudar a que el submarino subiese o bajase a conveniencia

del piloto. Esta apertura era lo más parecido a los antiguos urinarios que todavía se pueden ver en algunos tugurios. El plan era sencillo: si la mujer se ponía en cuclillas, podría fácilmente aligerar la vejiga. La única dificultad consistía en quitarse ese mono de licra tan ceñido; digo única, porque era notorio que, para evitar marcas que restaran lustre al atuendo, la francesa no llevaba ni bragas ni sostén. Ella comprendió la estrategia sin falta de que se lo explicara. A pesar del apuro, su belleza seguía intacta, quizás más plausible por ser presa de las emociones mundanas.

La mujer se situó en el canto de la apertura y yo educadamente me di la vuelta, no fuera a pensar que me iba a aprovechar de las circunstancias. Fue cuando escuché la cremallera descender lentamente por el frente del mono de licra. Me imaginé la voluptuosidad de sus senos enaltecida por el sol de poniente.

Por caprichos del subconsciente freudiano, ese roce metálico me devolvió a mi niñez, cuando leía con devoción la Odisea, concretamente mi episodio favorito: el canto de las sirenas, aquel en el que Ulises, advertido de las perniciosas melodías que conminaban a los marinos a arrojarse al mar, ordenó que la tripulación se cubriera los oídos con tapones de cera y que a él lo ataran al palo de la nave para poder disfrutar del canto. Ulises, siempre prudente y sagaz. Mientras la nave cruzaba el paraje, la sirena Parténope esforzaba la voz para que el de Ítaca no se resistiera y acabara lanzándose a las aguas. Yo, al igual que mi héroe, deseé con vehemencia que me ataran, en mi caso al torreón del submarino, para no caer en la tentación de girarme. Porque la idea de darme de bruces con la desnudez de mi Parténope era imperiosa pero execrable. En un esfuerzo titánico apreté fuerte los párpados al tiempo que de espaldas le extendía una mano para que ella pudiera guardar el equilibrio en tan comprometida posición.

De súbito, el interior del submarino estalló en un espontáneo aplauso, acompañado de vítores y silbidos libidinosos. Enseguida comprendí el porqué de tal manifestación de júbilo. Una de las cámaras exteriores enfocaba de pleno a la hélice de popa. Con las prisas se me había olvidado decirle al copiloto que

la desconectara. Gracias a mi despiste, el pasaje se estaba deleitando con la visión de esa deidad del Olimpo tal y como vino al mundo. Me quise morir.

Entonces sentí cómo me apretaban la mano. Una mano cálida y suave. Aún tuvimos que pasar unos instantes en tan insólita posición: yo de espaldas y ella en cuclillas, Ulises y Parténope unidos por un vínculo inextricable.

—*C'est fini.* —La francesa, desconocedora del encuadre de la cámara, me indicaba pudorosa que ya podía girarme.

La llevé de vuelta al interior del submarino, donde fuimos recibidos con pulgares en alto y muecas lujuriosas, en particular por los varones, que precisamente en esa inmersión tenían que ser mayoría entre el pasaje. Me dirigí directamente a la cabina. Al entrar, el copiloto me comunicó con cara de circunstancias:

—Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo, desconecté la cámara, pero no pude evitar que vieran cómo se desvestía.

Todavía era peor. Si el pasaje no la vio hacer pis, pensaría que el desnudo formaba parte del espectáculo. En cuanto llegáramos a puerto el gabacho me iba a montar un escándalo de agárrate y no te menees. Razones no le faltaban para sospechar que yo me había servido de las innegables virtudes de su pareja para salvar la función.

Una vez atracados, me situé a la altura de la pasarela para despedirme del pasaje. No tardó en aparecer la pareja francesa. Ella se despidió con una atenta sonrisa, él con un movimiento rápido de mentón, sin aspavientos. Eso fue todo. Ni me solmenó un puñetazo ni me retó a un duelo al amanecer. Una vez en el muelle, ella le dio la mano (la misma mano que momentos antes yo había rozado) y él se la cogió a regañadientes.

Desde mi posición observé cómo la francesa se mezclaba con los turistas que a esas horas abarrotaban el paseo. El sol vespertino iluminaba su silueta como el foco de un teatro. A cada paso la mujer desdibujaba el contorno de las cosas. Puerto Banús era un decorado levantado expofeso para verla pasear. Conmocionado por la escena, caí en la cuenta de que, exceptuándome a mí, todos en el submarino la habían visto desnuda.

Y de pronto, una figura se interpuso entre ella y yo. Lo reconocí al instante. Era el de Galdácano, aquel primer oficial que desembarcamos en Nápoles porque había perdido la cabeza. No era casualidad, no. Las cosas no suceden porque sí, qué más quisieran los deterministas. Recordé que la sirena Parténope, desesperada porque Ulises no se arrojaba al mar, acabó haciéndolo ella misma, pero las sirenas de los griegos no respiraban bajo el agua, por lo que murió ahogada. Sus compañeras la enterraron en una cala donde más tarde se fundó la ciudad de... ¡Nápoles!

El vizcaíno tenía buen aspecto, nada que ver con la última vez que lo vi. Moreno y con bermudas no parecía tan mayor. Pero no me miraba a mí, sino a alguien que estaba sentado en un noray del muelle. Estiré los ojos y distinguí a una cocinera de un restaurante cercano, con delantal y un pañuelo cubriéndole el cabello. Cuando volví los ojos, el vizcaíno había desaparecido. Intrigado, subí por la escala. La cocinera llevaba puestos los cascos de un *walkman*. Debía estar escuchando una de esas casetes que se compraban en las gasolineras, porque sin darse cuenta estaba cantando más alto de lo que la prudencia obliga. En ocasiones había visto a esa mujer en bicicleta camino del restaurante. Era una persona de tantas, como yo mismo. La cocinera desafinaba por momentos, sin embargo, el sentimiento que imprimía al estribillo sugería una sensibilidad difícil de describir con el cicatero verbo humano. «De lo que rebosa el corazón, habla la boca», recordé. Embelesado, miré sus dedos en busca de un anillo que indicara un compromiso. No lo encontré. En ese instante tuve la certeza de que por fin había arribado a Ítaca.

—Fin—